

Haciendo *Ciencia Nueva*

Historias y trayectorias entre ciencia, política, arte y comunicación

Lucía Céspedes¹

Recibido: 26 de mayo de 2021

Aceptado: 26 de septiembre de 2021

Resumen: En este artículo, buscamos estudiar el polo de la enunciación de la revista argentina *Ciencia Nueva* (1970-1974), o, mejor dicho, acercarnos y caracterizar al colectivo enunciador. Esto es, reconstruir las condiciones de producción de *Ciencia Nueva* en tanto publicación periódica científica y cultural realizada en los convulsionados tempranos '70 a través de la experiencia vivida de quienes participaban en ella. Particularmente, nos interesa poner de relieve las trayectorias de las mujeres que formaban parte del *staff* permanente de la publicación o que realizaban colaboraciones esporádicas, así como destacar las conexiones entre una revista de comunicación pública de la ciencia con fuertes inquietudes políticas y el campo intelectual más amplio del momento.

Palabras clave: *Ciencia Nueva*, revistas, comunicación pública de la ciencia, mujeres en ciencia.

Title: Making *Ciencia Nueva*: stories and trajectories among science, politics, art, and communication

Abstract: In this paper, we seek to study the enunciator of the Argentinian magazine *Ciencia Nueva* (1970-1974), or, in other words, we intend to approach and characterize the enunciating collective. This is to say, we reconstruct *Ciencia Nueva*'s conditions of production as a scientific and cultural periodical published in the early '70s through the lived experiences of those who participated in it. Of particular interest are the trajectories of the women who were part of the publication's stable staff or sporadic contributors, as well as the connections between a public communication of science magazine with strong political overtones and the wider intellectual field of the moment.

Keywords: *Ciencia Nueva*, magazines, public communication of science, women in science.

1. Introducción

Uno de los grandes méritos de la revista *Ciencia Nueva* fue abordar a la ciencia y la tecnología como prácticas humanas, marcadas por sus contextos, y pasibles de ser discutidas en la esfera pública en términos culturales, sociales y políticos, y no solo

¹ Centro de Investigaciones y Estudios en Cultura y Sociedad (CIECS, CONICET-UNC), Universidad Nacional de Córdoba (UNC), Córdoba, Argentina.

✉ lucia.cespedes@unc.edu.ar |  [0000-0001-5896-3377](https://orcid.org/0000-0001-5896-3377)

Céspedes, Lucía (2021). Haciendo *Ciencia Nueva*: historias y trayectorias entre ciencia, política, arte y comunicación. *Epistemología e Historia de la Ciencia*, (2021), 6(1), 158-178.

<https://revistas.unc.edu.ar/index.php/afjor/article/view/33183>



técnicos. Publicada en Buenos Aires entre 1970 y 1974, *Ciencia Nueva* “se constituyó como un espacio de difusión de noticias y conocimiento científico, pero también de debates políticos, epistemológicos e ideológicos” (Céspedes, 2019, p. 284) a lo largo de sus 29 ejemplares. La publicación buscó posicionarse en el campo de producción cultural más amplio, sin restringirse a quienes pertenecían a una determinada comunidad disciplinar o de expertos (como sería el caso del *journal* o la revista especializada, evaluada por pares y sujeta a los criterios de validación propios del campo científico).

En este artículo, buscamos abordar el polo de la enunciación de la revista, o, mejor dicho, acercarnos a quienes se constituyeron como el grupo enunciador. Esto es, reconstruir la experiencia vivida por quienes fundaron y forjaron a *Ciencia Nueva* en tanto revista científica y cultural publicada en los convulsionados tempranos '70, teniendo en cuenta que, como dice Fernanda Beigel (2003), las revistas son “puntos de encuentro de trayectorias individuales y proyectos colectivos” (p. 106). Particularmente, nos interesa poner de relieve a las mujeres que formaban parte del *staff* permanente de la publicación o que realizaban colaboraciones esporádicas, así como destacar las conexiones entre una revista de comunicación pública de la ciencia con fuertes inquietudes políticas y el campo intelectual más amplio.

Este interés surge de un trabajo anterior (Céspedes, 2019), donde estudiamos la revista en tanto producto comunicacional. Allí dábamos cuenta de la importancia de *Ciencia Nueva* como espacio clave para la discusión y difusión de la corriente que, en retrospectiva, se conocería como el Pensamiento Latinoamericano en Ciencia, Tecnología y Desarrollo (PLACTED). A la vez, caracterizábamos a la publicación como predominantemente masculina, tanto en su lectorado como en sus autores: de las 104 cartas del lector publicadas por la revista, solo 8 llevan una firma femenina; mientras que de los 306 artículos de contenido firmados (sin considerar las editoriales o secciones fijas), solo 9 fueron escritos por mujeres. Asimismo, “la consulta a científicas en calidad de expertas es muy baja y nunca se sostuvo una entrevista individual con una investigadora” (Céspedes, 2019, p. 309).

Sin caer en el anacronismo de juzgar las condiciones de posibilidad para las mujeres en otra época del campo científico e intelectual con filtros actuales, lo que pretendemos es tal vez una de las formas más antiguas y más humanas de generar sentidos: contar historias que, entrelazadas, dan cuenta del estado del campo científico argentino en determinadas coyunturas históricas y, por ende, de las características que terminó asumiendo *Ciencia Nueva*. El *corpus* documental inicial lo constituyó la propia revista, que se encuentra digitalizada en su totalidad y disponible para su consulta en línea². A partir de la lectura de los créditos publicados en cada número, y del relevamiento de los artículos firmados, se confeccionaron las Tablas 1 y 2, que dan cuenta de la presencia de mujeres tanto en la producción de la revista como en la redacción de contenido. Una vez identificadas, se procedió a recabar información y a intentar contactar a la mayor cantidad posible de ellas, a fin de realizar entrevistas en profundidad en los formatos que las condiciones sanitarias y geográficas del año 2020 lo permitieron:

² Los 29 ejemplares de la revista pueden consultarse en <https://issuu.com/ciencianueva> En http://www.politicasci.net/index.php?option=com_content&view=article&id=37&Itemid=77&lang=es se puede, además, descargar los ejemplares del 1 al 28

teléfono, videollamada e emails. Las primeras entrevistadas brindaron, a modo de “bola de nieve,” la posibilidad de entablar contacto con otras personas relevantes en la historia de *Ciencia Nueva*, tanto aquellos directamente involucrados como familiares o allegados cercanos al personal de la revista. Sus testimonios se tejen en este texto con datos obtenidos de trabajos historiográficos relacionados con los estudios sociales de la ciencia y las condiciones del campo científico-académico argentino en la época, además de otros documentos (algunos en clave biográfica o autobiográfica) que nos permiten trazar una caracterización lo más precisa y respetuosa posible.

Tabla 1: artículos firmados por autoras en *Ciencia Nueva* (1970-1974). Elaboración propia.

#	Año	Autora	Título	Extensión
4	1970	Cora Sadosky	El aspecto unitario de las matemáticas	3 páginas
6	1970	E. Aída Nuss de Epstein	Descripción de la Cuenca del Plata	1 página y media
7	1971	Lucía Bonadeo	Técnica del fresco toscano	6 páginas
9	1971	Lucía Bonadeo	Restauración del fresco toscano	7 páginas y media
13	1971	L. B. (Lucía Bonadeo)	Con compromiso	$\frac{3}{4}$ página
13	1971	Hilda Sábato	El Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales: una experiencia regional	2 columnas
17	1972	George Whitfield y Cherrie Bramwell	Nace una nueva ciencia: la Paleoingeniería	5 páginas
18	1972	P. W. (Patricia Walsh)	Melchor Romero: el poder de los cuerdos	4 páginas
20	1972	P. W. (Patricia Walsh)	Congreso Internacional de Medicina del Trabajo	3 páginas
20	1972	Ricardo Saiegh y Norma S. de Pisaturo	Aspectos médico-sociales de los accidentes de trabajo y enfermedades profesionales	2 páginas
21	1972	P. W. (Patricia Walsh)	Melchor Romero (II): la rebelión de los locos	5 páginas
24	1973	Margaret Mead	El lenguaje de los símbolos	4 páginas
24	1973	Mirta Dermisache	Intervención gráfica	1 página

Tabla 2: mujeres acreditadas como integrantes del staff de *Ciencia Nueva*. Elaboración propia.

Nombre	Área	Ejemplares
Isabel Carballo	Diseño gráfico	#1-29
María Susana (Pagano de) Abrales	Secretaria	#1-29
Lina Mari	Secretaria de redacción	#5-9

Lucía (Mourelle de) Bonadeo	Redacción	#10-24
Katia Fischer	Redacción	#10-29
Ana Tedeschi	Redacción Producción	#10-12 y #15-24 #13-14
Hebe Mitlag	Producción Director adjunto	#10-14 #15-29
Beatriz Ottonello	Corresponsal en París	#17-29
María Angélica Peña	Dibujo	#18-29
Patricia Walsh	Redacción	#21-29
Margarita Davis	Secretaria	#24-29
Carola Abrales	Corresponsal en Mendoza	#24-29
Marta Romano	Corresponsal en Rosario	#24-29

2. Antes de *Ciencia Nueva*: “Cuando usted llega, empieza la función”

En palabras de Beigel (2003), “las publicaciones periódicas, en tanto constituyen *textos colectivos*, nos conectan de modo ejemplar, no sólo con las principales discusiones del campo intelectual de una época, sino también con los modos de legitimación de nuevas prácticas políticas y culturales” (p. 110, cursiva en el original). En este sentido, leemos a la génesis de *Ciencia Nueva* como un proyecto colectivo que daría cauce a debates sobre las relaciones entre ciencia, tecnología, política, desarrollo y dependencia, en la intersección entre el campo científico-académico, la esfera política, y el espacio público. En el marco del *boom* editorial de los '60 y '70 (Faierman, 2019), y ante la propuesta de Manuel Sadosky, un grupo de sus ex estudiantes y colaboradores provenientes de las facultades de Ciencias Exactas e Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires (UBA) comenzaron a diseñar una revista de divulgación científica que vería la luz en abril de 1970. Y es precisamente en ese pasado compartido durante las etapas de estudiantes, de militancia universitaria, o de inserción como jóvenes investigadores en el sistema científico y académico nacional e internacional, donde se puede rastrear la historia de un conjunto de personas que convergerían para dar origen a una revista de espíritu marcadamente pluralista.

En Argentina, el apellido Sadosky se asocia inmediatamente a Manuel, matemático, docente, y el “padre” de la informática nacional. Con el nombre *Cora*, la relación no es tan directa, pero debería: su compañera de vida, Corina (Cora) Ratto de Sadosky, también doctora en matemáticas, se dedicó tanto a la investigación y a la docencia (produjo libros de texto en álgebra lineal sumamente innovadores para los años '60, y las primeras publicaciones sobre el tema en castellano) como a la militancia por el derecho de autodeterminación de los pueblos y a la resistencia a la opresión en todas sus formas. Fue una de las fundadoras de la Alianza Internacional de Mujeres en 1945, y, en el ámbito de la UBA, creó la Fundación Albert Einstein para brindar apoyo económico a estudiantes en situaciones vulnerables.

No debe haber sido fácil, por lo tanto, cargar con esa herencia al iniciarse en el mismo campo de estudios que sus padres, las matemáticas, y en la misma unidad académica, la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales (FCEN) de la UBA, precisamente donde Manuel era el vicedecano cuando, en 1966, cayeron los bastones largos sobre la ciencia argentina. Pero Cora (Corita) Sadosky llevó tanto su nombre como su apellido con

altura durante sus estudios y su propia y destacadísima trayectoria profesional. Nacida en 1940 en Buenos Aires, tuvo una existencia trotamundos: asistió a escuelas primarias en tres países europeos diferentes antes de rendir como alumna libre todo el nivel secundario en Buenos Aires y finalmente empezar la carrera de matemática en la UBA. En 1960 completó su licenciatura, dos años después de que su madre se hubiera doctorado en dicha universidad. Ella misma se doctoró en 1965 en la Universidad de Chicago, donde era la única mujer inscripta en un programa de posgrado no sólo en matemática, sino en cualquier ciencia “dura”. Allí conoció a Daniel Goldstein, médico especializado en biología molecular que se encontraba estudiando en Yale en ese momento. A su retorno a la Argentina, Cora y Daniel se casaron y ella enseñó durante un año en la UBA, pero en 1966 volvió a emigrar, esta vez a la Universidad de la República, en Montevideo, Uruguay, y luego a la Johns Hopkins, en Baltimore, Estados Unidos, donde Daniel tenía una oferta de posdoctorado. En la universidad estadounidense, su salario de profesora asistente era el equivalente a dos tercios del de sus colegas hombres (Morrow & Benander, 1998).

La próxima parte del relato involucra, curiosamente, dos parejas de químicas e ingenieros. Como en tantas otras historias de jóvenes argentinos en Europa, París fue el escenario de los cruces entre varios de los protagonistas de *Ciencia Nueva*. Por un lado, Ricardo Ferraro y Katia Fischer, “activos militantes estudiantiles [...] consejeros superiores y redactores del Estatuto Universitario de la UBA (1958)” (Borches, 2014, p. 2), quienes cruzaron el Atlántico en 1962 con sendas becas del gobierno francés. Él, ingeniero civil de la UBA, estaba ampliando su formación en el Ministerio de Obras Públicas de Francia, “usando computadoras para diseñar autopistas y optimizar su costo” (Ferraro, 2010, p. 11). Ella, nacida en Praga, originalmente llamada Katerina e inscripta como Catalina en sus documentos argentinos, pero conocida como Katia, era licenciada en química de la misma universidad. Luego de dar sus primeros pasos en la investigación en el Instituto de Investigaciones Bioquímicas, ingresó al Instituto Pasteur, “que, por ese entonces, era la meca indiscutida de la investigación biológica” (Ferraro, 2010, p. 11).

Por otro lado, Iván Chamboleyron y Hebe Mitlag. Él, ingeniero por la Universidad Nacional de La Plata, recaló primero un año en Holanda y luego en Francia, donde completaría un doctorado en física en la Universidad de París. Ella, licenciada en química de la UBA, había pasado cinco años en la Chicago Medical School, en Estados Unidos. Luego se trasladó a Europa con una beca para trabajar en un laboratorio en Gotemburgo, Suecia. En el camino, retomó contacto con Katia, antigua compañera de estudios. Finalizada su estancia en ese país, y nuevamente en la capital francesa, Hebe e Iván se encontraron a través de estas estrechas relaciones de amistad comunes: los Ferraro, y también Héctor Abrales, otro ingeniero mendocino, íntimo amigo de Ricardo, que sería uno de los principales asesores de *Ciencia Nueva* y que se encontraba junto a su esposa en París como investigador en el Centro Nacional de Investigación Científica de Francia (CNRS).

La agitada vida de Lucía Mourelle, uruguaya emigrada a la Argentina desde la infancia, tal vez se comprenda mejor a través de sus sucesivos cambios de nombre, comenzando por el liceo francés donde era llamada *Lucie* y donde se decidió por estudiar química en la UBA, rindiendo el examen de ingreso con máximo puntaje. Luego de la Noche de los Bastones Largos, ella, sus dos hijos y su entonces esposo, el físico Hernán

Bonadeo, se dirigieron a la ciudad de Nashville, en el sureño estado de Tennessee, Estados Unidos. Allí Hernán realizó su doctorado en la Universidad de Vanderbilt, mientras que Lucy se insertó en la Universidad Fisk como docente y estudiante de maestría. “Yo tenía un compromiso de enseñar, era jefa de laboratorio, y al mismo tiempo Fisk tenía un acuerdo con Vanderbilt, que es una universidad muy prestigiosa del sur de los Estados Unidos. Entonces yo pude cursar materias para terminar mi master”, relata. El clima social en aquel país presentaba fuertes contrastes entre el conservadurismo del sur, con la persistencia de políticas de segregación racial, y la creciente ola de movimientos sociales, especialmente en pos de los derechos civiles de la población afroamericana y el surgimiento de la segunda ola del feminismo. “Nos fuimos en el ‘67 y llegamos a Estados Unidos cuando el Black movement, el women liberation, y la guerra de Vietnam. Estuvimos dos años ahí y fue una época conmocionante que nos marcó muchísimo”, explica ella. En 1969, la familia se trasladó a Florencia, Italia, ante una invitación del eminente físico-químico Salvatore Califano, a quien habían conocido en Vanderbilt, para que Hernán realizara un posdoctorado allí. Con ese nuevo traslado, Lucía (ahora *signora di Bonadeo*) comenzó a acuñar la frase “cuando usted llega, empieza la función”. Hacia ese año, Florencia estaba recuperándose de la inundación provocada por un desborde del río Arno en 1966, que había anegado toda la ciudad y gran parte de la región de la Toscana. Además de las pérdidas de vidas, la inundación fue un desastre en términos culturales y artísticos: numerosos archivos históricos, bibliotecas, galerías de arte e iglesias fueron dañados gravemente. Diversos comités internacionales se formaron para paliar la situación, y expertos de todo el mundo se dirigían a Florencia para rescatar lo que se pudiera de aquel patrimonio artístico. En ese contexto, Lucía ingresó al laboratorio de investigación de la Galería Uffizi. “Me tocó estudiar los pigmentos y fue una experiencia fuertísima también [...] trabajando con los restauradores, viendo cómo limpiaban cuadros, vi aparecer angelitos de Botticelli del barro” (Mourelle, entrevista, 2020).

Hasta aquí, las trayectorias descriptas corresponden a las de tantos otros científicos argentinos hacia el final de los años '60, dentro del período que Kreimer (2010) ha denominado como la segunda fase de la internacionalización liberal de la ciencia argentina: el traslado a los grandes centros científicos internacionales en pos del doctorado o posdoctorado, en el marco de la emergencia de las primeras políticas de CyT en América Latina, que fueron dando un carácter sistemático e institucional a la movilidad científica. En la UBA, y particularmente la FCEN, la Noche de los Bastones Largos también constituyó un importante factor expulsivo. Pero, como veremos, los protagonistas de esta historia no iban a quedarse quietos mucho tiempo, ni limitarían su acción al campo científico exclusivamente. Si para Beatriz Sarlo (1992) la manifestación voluntarista de “hagamos una revista”, repetida a lo largo del siglo XX por innumerables intelectuales y literatos latinoamericanos, quiere decir “hagamos política cultural”, “hagamos una revista de divulgación” implicaba una intención de hacer política científica. Esa voluntad de intervención, sumada a los acontecimientos que se sucedían en la Argentina, fue empujando a muchos científicos a volver.

3. “Hagamos una revista”

Regresados de Francia entre 1968 y 1969, Ricardo Ferraro y Katia Fischer rápidamente retomaron sus respectivas carreras profesionales. Katia ingresó como investigadora de

CONICET al Instituto de Investigaciones Médicas (IIM) en el laboratorio de Víctor Nahmod y Samuel Finkielman. Daniel Goldstein también se insertó en dicho grupo de trabajo. “Los llamaban en el IIM ‘los invasores’ porque debido a que su laboratorio era de dos ambientes (sin baño ni cocina) con los equipos básicos necesarios, debían recurrir a los otros muy bien equipados laboratorios del Instituto. Pero los cuatro volaban en ideas, preguntas e ideas” (Díaz, 2017).

Entre los contactos que Ferraro trajo de su trabajo como ingeniero civil en el Servicio Especial de Autopistas en Francia, se encontraban las consultoras en ingeniería BCEOM y SOGREAH. En 1969, ambas encararon junto con la argentina ACT³ la creación de un modelo matemático para la cuenca del Río de la Plata. De ese estudio participaron Elena Aída Nuss de Epstein, “profesora de geografía, autora de trabajos de geografía argentina y latinoamericana [...] asesora en distintos equipos de consultores y, en particular, en el del Estudio en Modelo Matemático de la Cuenca del Plata” (*Ciencia Nueva* #6, 1970, p. 7) y Beatriz Ottonello, quien se desempeñaría como corresponsal en París de *Ciencia Nueva* (ver Tablas 1 y 2). Además, en ese momento trabajaba en dicho estudio de ingeniería un joven llamado Aldo Palacios, a quien Ferraro luego propuso trabajar en la revista, y que nos brinda un relato sumamente cálido de lo que era sacar cada ejemplar de *Ciencia Nueva*:

Yo era un principiante y quería aprender, así que era el “che pibe”, cadete, empleado, vendedor, cobrador, distribuidor, llevaba y traía materiales referentes a la revista a la diagramadora, a la imprenta, a los autores, a algunos suscriptores. Luego fui haciendo trabajos más específicos y conociendo gente. La secretaria, que era Susana Pagano y esposa de Héctor Abrales, coordinaba las tareas para el armado de la revista: imprimir los *clissé*, foto, corrección, diagramación, impresión, etc. Por ejemplo, ir con las fotos a la casa de donde se hacían los *clissé*, llevar y traer bosquejos de diagramación al departamento de diagramación, o llevar y traer las primeras pruebas a la imprenta de Amorrortu allá en Parque Patricios. Este tema era muy arduo, porque la impresión, comparándolo con la tecnología que tenemos hoy, era como una tarea artesanal. Todo esto eran tareas administrativas, hacer etiquetas para los suscriptores, llevar los nuevos números para la venta en las librerías, llevar las revistas al correo para los suscriptores, ventas y cobranzas. (Palacios, entrevista, 2020)

Iniciando la década de 1970, la falta de publicaciones en español que pusieran la ciencia y la tecnología al alcance de públicos no especializados (como sí era el caso en Estados Unidos o Europa, donde el grupo fundador de *Ciencia Nueva* había entrado en contacto con dichos modelos de revistas) y la existencia de un lectorado ávido, si bien reducido, fueron factores que determinaron el éxito de *Ciencia Nueva*. Esto se evidencia en las numerosas cartas del lector, especialmente en los primeros números, que ponderaban el lanzamiento y la línea editorial adoptada respecto de la divulgación

³ Asesores Científico-Técnicos, empresa creada en 1966 por Manuel Sadosky, Rebeca Guber, Juan Chamero y David Jacovkis, habiendo renunciado los tres primeros al Instituto de Cálculo (IC) de la UBA y el cuarto al Departamento de Industrias luego de la intervención a las universidades. ACT figura como anunciante en varias publicidades dentro de *Ciencia Nueva* y se la considera la primera consultora argentina en ingeniería de sistemas y programación informática. Su objetivo era continuar las líneas de trabajo truncas en el IC, especialmente la asistencia a empresas privadas y organismos públicos. Más sobre ACT en Wachenchauer (2014).

científica. Inicialmente, la dirección de la revista estaba a cargo de la tríada compuesta por Ricardo Ferraro, Ignacio Ikonicoff y Eduardo Mari. La esposa de este último, Lina, se desempeñó como secretaria de redacción durante un tiempo (ver Tabla 2). Entre fines de 1970 e inicios de 1971, Ikonicoff y Mari se alejaron de la revista y la dirección fue quedando en manos de Ferraro (Borches, 2014), quien progresivamente iría tomando más protagonismo en la articulación del entorno de colaboradores de *Ciencia Nueva* a partir de detectar vocaciones para la comunicación dentro de los círculos científicos y académicos, pero también artísticos e intelectuales (volveremos a esto más adelante).

A la vez, en enero de 1971 Hebe Mitlag e Iván Chambouleyron también volvieron a instalarse en Buenos Aires. A partir del número 10, Hebe asumió la producción de la revista, y desde el número 15 sería la directora adjunta. Esto implicaba compartir “con Ferraro las bien definidas tareas de la Dirección: asistir a un congreso científico, impulsar los mecanismos para que la revista salga, preparar café o discutir siempre con el gerente para obtener las mejoras sociales que exige el personal” (*Ciencia Nueva* #23, 1973, p. 63). “Había que conseguir los autores, hacer la compaginación, invitar gente... había muchas otras actividades, como invitar políticos, por ahí organizar alguna charla, en fin, eran cosas que hacían parte de la actividad de difusión de una visión de la ciencia más comprometida, una ciencia más comprometida” (Chambouleyron, entrevista, 2020).

Por su parte, para 1968, Cora Sadosky y Daniel Goldstein también habían retornado a Argentina. “Después del asesinato de Robert Kennedy, decidimos con Cora que era mejor volver a Buenos Aires”, recuerda Daniel (en Gabriel & Angulo, 2009, 11:48-11:55). Sin embargo, debido al clima político instaurado por el gobierno dictatorial, Cora no pudo encontrar una posición académica hasta 1973. Goldstein, voraz lector de cuanto *journal* científico cayera en sus manos, fue asesor científico de *Ciencia Nueva* en todas sus ediciones y autor de diversos artículos, cubriendo especialmente de cerca la guerra de Vietnam.⁴ Además, la única editorial que lleva firma, “El mito de la libre elección de temas” (publicada en la revista en enero de 1972), es de su autoría (el resto de las editoriales “no llevaban firma y en general representaban al ser policéfalo responsable de la línea política que iba tomando CN”, Borches, 2014, p. 3).

Lucía Mourelle y Hernán Bonadeo, si bien se encontraban en Florencia al momento de la formación y lanzamiento de *Ciencia Nueva*, seguían en contacto con Ricardo Ferraro,⁵ quien sugirió a Lucía que escribiera sobre el trabajo que estaba realizando en Uffizi junto con restauradores de arte. Dos artículos de su autoría se publicarían acerca de las características del fresco toscano y las técnicas de su restauración (ver Tabla 1). Al regresar a la Argentina en 1971, Hernán, quien figuraba como corresponsal de la revista desde el primer ejemplar, se integró al equipo de asesores, mientras que Lucía formalizó su participación y comenzó a ser acreditada como redactora (Ferraro, 2010; ver Tabla 2). Al tratarse de una colaboración que podía realizar

⁴ El volumen Vietnam | Laboratorio para el genocidio, publicado en 1973 dentro de la colección *Los Libros de Ciencia Nueva*, recopila ocho artículos escritos por Goldstein, Joel Jardim (un seudónimo del mismo autor) y el escritor y periodista francés Alain Jaubert, que habían aparecido desde 1970 en *Ciencia Nueva*, el semanario *Marcha* (Montevideo), el fascículo *Transformaciones* (editado por el Centro Editor de América Latina), y el diario *La Opinión* (Buenos Aires). Se encuentra disponible en https://issuu.com/ciencianueva/docs/vietman_laboratorio_para_el_genocid

⁵ Además de la relación de amistad, el vínculo entre ellos era, de algún modo lejano, familiar: Katia Fischer era la hija del marido de la suegra de Lucía Mourelle.

en su tiempo libre, ella pudo compatibilizar su trabajo en la revista con el proceso de volver a instalarse junto a su familia en el país, hasta que ingresó como jefa de trabajos prácticos en la carrera de Química de la FCEN-UBA. Sobre su período en *Ciencia Nueva*, Lucía relata que su dominio de diversos idiomas fue muy valioso para realizar traducciones y correcciones, además de acceder a artículos científicos publicados en revistas internacionales para luego escribir sobre el tema. Un detalle no menor, si se considera junto con Sarlo (1992) que parte importante del discurso cultural construido por las revistas se dirime en las decisiones acerca de qué traducir. Si determinada temática resultaba de interés para *Ciencia Nueva*, Lucía analizaba material publicado y producía textos propios basados en esa investigación y recopilación. “Era complejo, en ese momento no era como ahora: tenías que tener la revista, o alguien que te la mandara. Ese trabajo de recopilar fuentes lo hacía en parte Ricardo, porque él estaba abonado y recibía diferentes revistas, entonces me decía ‘mirá’, me daba fotocopias, y ahí salía” (Mourelle, entrevista, 2020).

A medida que la revista se consolidaba, fue incorporando más colaboradores y colaboradoras que excedían el ámbito científico-académico. “En muchos casos el oficio de periodista, al menos en el siglo pasado, fue una causa familiar”, señala Patricia Walsh, autora de los dos informes de investigación sobre salud mental que fueron notas de tapa en los ejemplares 18 y 21 de *Ciencia Nueva*. En el número 23 de la revista se la presentaba: “Patricia Walsh (casada) es estudiante de Medicina de la Universidad de La Plata y ha publicado numerosos trabajos periodísticos sobre temas científicos y técnicos” (*Ciencia Nueva* #23, 1973, p. 63). La propia Patricia relata:

Llegué a *Ciencia Nueva* por mi hermana Vicki.⁶ Ella trabajó primero en la revista *Primera Plana*, y luego en *La opinión*, siempre en la sección Ciencia y Técnica. Tanto mi hermana como yo, en distintos momentos, quisimos ser médicas. Ese fue el motivo de nuestro interés por la ciencia. Mi hermana nació en 1950, yo en 1952. Tenía entonces, cuando escribí esas notas, poco más de veinte años. Y mi hermana mayor, mi única hermana, ya era periodista hacía ya tiempo. Ella me recomendó a la revista *Ciencia Nueva*. Pero yo no conocí ninguna redacción. Entregaba las notas en una dirección. Y era colaboradora, no redactora, aunque figuré en el staff. (Walsh, entrevista, 2020)

La sintaxis de una revista, sostiene Sarlo (1992), da cuenta de lo que era la coyuntura presente de la publicación de una manera en que sus textos individuales y descontextualizados no pueden hacerlo. El tipo de letra, el lugar de cada artículo en las páginas de la revista, la confección de los índices, dice la autora, no son meros detalles estéticos, sino testimonios de las decisiones tomadas ante las problemáticas que definían aquel presente, toda vez que la voluntad de una revista es intervenir para modificarlo. En *Ciencia Nueva*, el diseño gráfico y maquetación estaba a cargo de “Isabel Carballo, (¡soltera!), una rosarina, profesora de Bellas Artes, dedicada al diseño gráfico de libros y revistas, entre los que se incluyen trabajos para Ediciones de La Flor, Galerna y *Los Libros de Ciencia Nueva*” (*Ciencia Nueva* #23, 1973, p. 4). Isabel había estudiado Bellas Artes en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Rosario, mientras paralelamente cursaba algunas materias en Filosofía e Historia. Al trasladarse a Buenos

⁶ María Victoria Walsh, hija mayor del periodista y escritor Rodolfo Walsh.

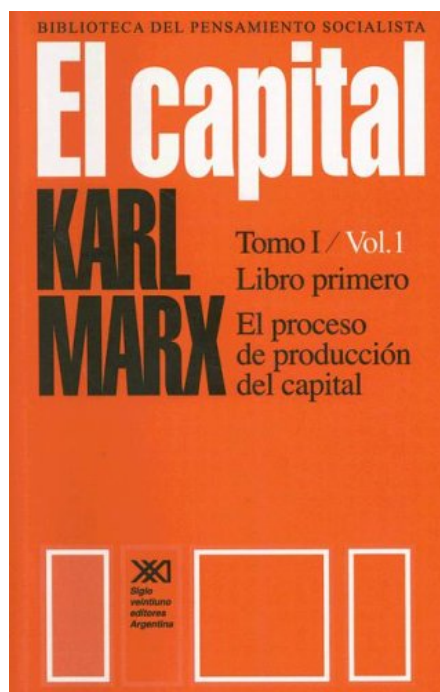


Figura 1. Tapa de *El Capital* de Karl Marx, editado por Siglo XXI (primera edición, 1975) diseñada por Isabel Carballo, con los característicos rectángulos de la editorial.

Aires, de la mano de su militancia juvenil en el Movimiento de Liberación Nacional comandado por Ismael Viñas, Isabel comenzó a hacerse un nombre como diseñadora de libros en el mercado editorial. Aldo Palacios recuerda que “era todo un arte su trabajo y su vida. Todo rondaba en el arte, y tenía un ojo clínico para que el lector captara una buena presentación”. Además de las editoriales mencionadas anteriormente, Isabel se desempeñó como directora de arte en Siglo XXI (ver, por ejemplo, la Figura 1). “Trabajaba en la editora medio período. De tarde hacía *freelance* para otras editoras desde mi casa, donde había montado un pequeño estudio”, rememora ella.

Isabel fue la diseñadora gráfica de todos los ejemplares de *Ciencia Nueva* y de los libros publicados por la editorial homónima. Respecto de los años de la revista, recuerda su trabajo más bien como externo: “Solo iba a la sede de la editora a discutir cada número y entregar la diagramación. Y mi relación era con Ricardo Ferraro, con quien el trabajo siempre fue cordial y criamos una buena amistad”. Isabel fue una de las personas habitantes de los intersticios entre el grupo de ingenieros, biólogos y físicos que escribían en *Ciencia Nueva* y el campo intelectual y literario argentino más amplio. Por ejemplo, desde Editorial Galerna estuvo involucrada en la publicación de la revista literaria *Los Libros* (hasta el número 21), fundada por Héctor Schmucler. Esta era una de las revistas con las que *Ciencia Nueva* comenzó a compartir personal de diseño, diagramación e impresión, y algunas instalaciones, con el objetivo inmediato de reducir costos de producción; la otra sería *Crisis*, dirigida por Eduardo Galeano. Como recuerda Ricardo Ferraro,

Un día la diseñadora, Isabel Carballo, nos presentó un tipo que había trabajado en Eudeba para que se hiciera responsable de la etapa de impresión de las revistas. [...] Horacio Achaval, así se llamaba, sólo nos hizo un pedido extraño: poder contar con una oficina donde reunirse con sus amigos algunas veces

después de las 6 de la tarde. Nos pareció razonable y no hubo problema. Al tiempo vimos que Achaval llegaba con una botella de grapa o ginebra y al atardecer empezaban a caer sus amigos: Horacio Ferrer, Enrique Cadícamo, Rogelio García Lupo y Arturo Jauretche. Nosotros nos íbamos colando porque era un placer escucharlos hablar. (Ferraro, en Borches, 2014, p. 3)

Agrega Aldo Palacios:

El tema de las correcciones las realizaba Horacio Achával y, como una ayudita a Horacio, a veces lo hacía Susana Zanetti, que era profesora de literatura hispanoamericana en la UBA, y luego de la Universidad de La Plata, y que trabajaba para el Centro Editor de América Latina cuyo dueño era Boris Spivacow. Al mediodía nos juntábamos a almorzar unos cuantos, como David Viñas, Ismael Viñas, Marta Carreras, Zanetti y Achaval. (Palacios, entrevista, 2020)

Además del reconocible diseño que fue cimentando la identidad de la revista, a lo largo de los ejemplares *Ciencia Nueva* fue sumando artistas al equipo e incluyendo una mayor cantidad de ilustraciones originales, tanto en la portada como al interior de sus páginas. En el número 24, además de un artículo de la antropóloga estadounidense Margaret Mead sobre lenguajes simbólicos (ver Tabla 1), la página 48 exhibía una obra de la artista plástica argentina Mirtha Dermisache (Figura 2a). Para esta publicación, Mirtha preparó tacos (matrices) específicamente pensados para la impresión masiva, en la línea de una serie de piezas que la artista denominó *Reportajes* (Mezza et al., 2017). En el número inmediato posterior apareció la siguiente explicación en un recuadro en la página 2, junto a los créditos editoriales, además de una curiosa respuesta de un lector anónimo en la página 64 escrita en el mismo “lenguaje” usado por la artista (Figura 2b):

Las sorprendentes grafías de la página 48 del número 24 de CN, son algo más que una humorada. Son una muestra de la original creación estética de Mirtha Dermisache, porteña, 33 años, cuyo talento fuera reconocido por personalidades artísticas como Amacio Williams, Jorge Romero Brest y Basilio Uribe. A mayor explicación, reproducimos las palabras que presentaron uno de sus ‘libros’: “La estructura del fenómeno que ofrece Mirtha Dermisache no es lo que puede describirse en lenguaje habitual, sino que se convierte en una realidad diferente frente a nuestra percepción. Mientras que en el lenguaje común el propósito de la comunicación es dirigir la atención de los interlocutores hacia una realidad diferente frente a nuestra percepción. [...] “El significado de estas operaciones corresponde a la más auténtica realidad de nuestros tiempos, porque nuestro absoluto y nuestros valores definitivos han sido reemplazados por valores dinámicos en constante estado de cambio. Esto ha alcanzado todos los niveles, científico, filosófico, sociológico, tecnológico, así como en lo cotidiano”. (*Ciencia Nueva* #25, 1973, p. 2, comillas en el original)

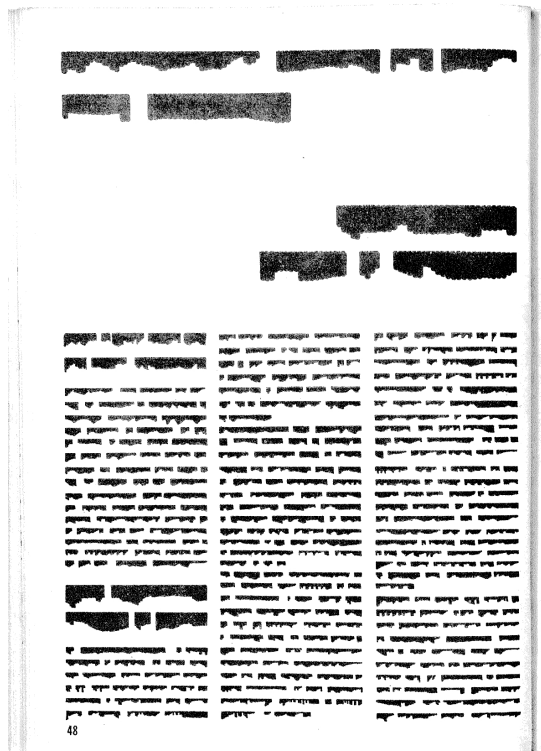


Figura 2a: (a la izquierda): *Ciencia Nueva* #24 (1973), página 48, intervenida por Mirtha Dermisache.

Así, y seguramente sin ninguna mala intención, la cliente le crea al profesional un conflicto entre la necesidad de cumplir con la norma dispuesta por la Asociación "madre" y acuciada por el socio y la exigencia de la cliente que intenta descargar el costo de la atención en su mutual.

El terapeuta procura dar a entender a su analizado que no puede acceder a su pedido ni explicitar su resignación, comienza un litigio entre la paciente que se pone impacientemente y el médico que se enferma a causa de una tensión que puede terminar por dislocarse al grupo. El profesional decide excluir del grupo a nuestra analizada lectora pero procede psicoanalíticamente, la desatiende, le crea dificultades subjetivas con sus compañeros y la obliga a irse.

Depurada manera de cargar sobre la otra parte la responsabilidad de la ruptura. Ello no le traerá ningún perjuicio económico ya que como el pago es grupal los demás deberán prorratear el importe que abonaba el excluido.

En el campo del derecho laboral esto se llamaría despido indirecto y cursaría al empleador las mismas responsabilidades que el despido común. Pero éste es un criterio vulgarmente jurídico sin veración psicoanalítica.

Quizá pudiera alegarse en defensa del profesional de marras que después de realizar un ingente esfuerzo económico e intelectual para formar parte de la A.P.A. (Asociación Psicoanalítica Argentina) había relegado a su subconsciente los conocimientos médicos adquiridos en largos años de estudios en la Universidad y práctica hospitalaria y particular y así no pudo detectar a través del estado psíquico de la paciente los problemas orgánicos que los profichían (módulos tiroideos y demás yerbas) ni brindarle la profilaxis pre y post operatoria que la paciente reclama con acento de fraudado.

Nuestra ingenua lectora recurre entonces a las Asociaciones Profesionales. ¿Como si lo que estuviera en juego fuera la receptividad de la paciente al tratamiento o la capacidad y probidad individual del terapeuta?

El "Gran Templo del Sionismo Nacional" se digna después de muchas dilaciones a escuchar las quejas de "la hija prodiga" procurando en la posible

evitar la difusión del incidente. El fracaso, si lo hubo, debía quedar como fracaso individual: de la paciente, del terapeuta o a lo sumo de ambos, pero en ningún caso como fracaso del método. Eso era lo único realmente peligroso para la estructura del sistema y por lo tanto lo único que interesaba a la Asociación.

A mí también, como a la Dirección de esta revista, me gustaría que la carta que comentamos sirviera para abrir polémica; pero de acuerdo con el principio freudiano de Realidad me parece muy difícil que ello suceda. Ni los profesionales indivi-

dualmente, ni las asociaciones (tienen interés en sacar trapitos al sol). En cuanto a otros "damnificados" dado lo traumático de estas situaciones procurarían recordarnos lo menos posible.

Lo que sugiero a CIENCIA NUEVA, y me parece compatible con su idiosincrasia, es patrocinar la formación de un grupo de estudios interdisciplinario que investigue con todo rigor el problema para publicar oportunamente sus conclusiones.

Sin otro particular lo saluda

Lidia Baranchuk de Oks
Abogada

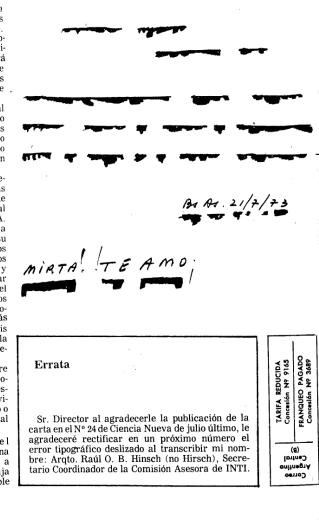


Figura 2b (a la derecha): respuesta a la obra de Mirtha Dermisache entre las Cartas del Lector, *Ciencia Nueva* #25 (1973), página 64.

En efecto, Mirtha Dermisache fue una artista argentina reconocida internacionalmente por sus obras de escritura asémica, esto es, una forma de escritura sin palabras, o al menos sin palabras con una dimensión semántica precisa y reconocible (Gache, 2017), que fueron definidas por el semiólogo francés Roland Barthes como “escrituras ilegibles”. Estuvo vinculada, pero sin integrar de manera formal, a colectivos artísticos radicados en el seno del Instituto Di Tella, al llamado Grupo de los Trece, y al Centro de Arte y Comunicación (CAyC). Particularmente, el CAyC se caracterizaba por su búsqueda experimental de las convergencias entre arte, comunicación y tecnología.⁷ La primera muestra del Centro, denominada *Arte y cibernética*, invitó a artistas a resolver sus obras por computadora en colaboración con un grupo de ingenieros, analistas y programadores dirigidos por Ricardo Ferraro y Julio Guibourg, y entre quienes también se encontraban Manuel Sadosky y Gregorio Klimovsky.⁸ En esa muestra, Mirtha experimentó “exponiendo sus grafismos al procesador de una computadora IBM 1130-

⁷ Para un análisis de la relevancia del CAyC en el desarrollo de las artes tecnológicas en la Argentina, ver Adler (2020).

⁸ Guibourg es ingeniero en Telecomunicaciones integrante de la primera promoción de egresados de esa carrera en el Instituto Radiotécnico dependiente de la UBA (1950). En el momento de la muestra *Arte y cibernética* era director del Centro de Cómputos de la Escuela Técnica ORT de Buenos Aires, cuyas máquinas IBM se usaron para generar las obras (Jacovkis, 2014; Sarti, 2013). Coincidentemente, la Escuela había recibido asesoramiento por parte de ACT para instalar su centro de cómputos (Wachenchauer, 2014).

16K y *plotter* Calcomp, que los traducía a grafismos computarizados, los cuales se podían imprimir sobre papel” (Mezza et al., 2017, p. 263). Tanto Ricardo Ferraro como Klimovsky escribieron sendas recomendaciones para la postulación de Dermisache a una beca Guggenheim en 1971. En 1973, Klimovsky incluso escribió un ensayo sobre la obra de Dermisache, definiéndola como “un desafío intelectual que proponía un método de comunicación ‘abierto’. El autor comparaba su trabajo con la utilización del método axiomático en matemática moderna y con la construcción de la línea musical sobre la base de la partitura” (Mezza et al., 2017, p. 267). En un registro más afectivo, Diego Ferraro, hijo de Ricardo, recuerda la afición al arte de sus padres y la relación de aprecio y cercanía de su familia con Mirtha: él y su hermano Sergio solían participar en talleres de dibujo y pintura organizados por la artista.

Volviendo al arte en las páginas de *Ciencia Nueva*, el número 4 (agosto 1970) inauguró la sección *Humor Nuevo*, a cargo de Julio Moreno, becario de iniciación y posteriormente de perfeccionamiento en CONICET bajo la dirección de Marcelino Cereijido,⁹ y, además, dibujante y artista gráfico. Puesto en contacto con Ricardo Ferraro a través de espacios de militancia política en común, Moreno comenzó a colaborar con *Ciencia Nueva* y no cesaría de enviar puntualmente sus ilustraciones incluso cuando se trasladó a la Universidad de California en Los Ángeles, Estados Unidos, para continuar sus estudios de doctorado en neurobiología y biofísica becado por The National Institutes of Health. Las viñetas y páginas de Moreno tuvieron una inmediata aceptación, al punto que, para 1973, la propia revista indicaba que “nuestros lectores saben bien que tras el agudo humorismo y la barba de Julio Moreno (casado) se oculta un Doctor en Medicina, actualmente investigador en la Universidad de Los Ángeles” (*Ciencia Nueva* #23, 1973, p. 64). Sobre la dinámica de aquella colaboración a distancia, Moreno relata:

Ricardo, que era incansable, me mandaba todas las revistas de acá, de política, para que yo me inspirara, dibujara, y mandara los dibujos a Buenos Aires [...] Me llegaba un rollo, como si fuera de... ¿viste lo que está adentro de las telas, donde se enrollan las telas? Bueno, un rollo lleno de revistas, y nos comunicábamos por teléfono para ver qué quería él o qué quería la directiva que yo hiciera. (Moreno, entrevista, 2020)

Precisamente a cargo de Moreno estuvo la portada del número 10 de *Ciencia Nueva* (mayo 1971, Figura 3), considerado una bisagra en la explicitación de las discusiones políticas en el seno de la revista (Céspedes, 2019; Faierman, 2019; Ferraro, 2010). La nota de tapa era “Ciencia e ideología”, escrita por Gregorio Klimovsky, que inauguraría un debate ya latente pero que de ahí en más se volvería troncal, y que sería retomado por otros autores en diversas intervenciones, así como por los lectores que enviaban sus cartas a la revista. Los protagonistas de aquel momento describen así esa portada:

No sé cómo, pero se me ocurrió [...] nos unía mucho esa tapa a muchos. Porque uno estaba trabajando en un laboratorio [...] y de golpe te das cuenta

⁹ Doctor en Fisiología por la UBA y especialista en fisiología celular y molecular. En 1973 fue decano interventor de la Facultad de Farmacia y Bioquímica de dicha universidad por un breve período, a instancias del propio Rolando García (Friedemann, 2018). Debió dejar el país en 1976 y se radicó en México, donde actualmente es profesor emérito del CINVESTAV e investigador nivel III del Sistema Nacional de Investigadores.



Figura 3: Portada de *Ciencia Nueva* #10, ilustrada por Julio Moreno (mayo 1971).

—era muy de esa época— de que estabas trabajando para el imperialismo estadounidense. Esta era la idea detrás de esto. (Moreno, entrevista, 2020)

En el Nro 10 hay un dibujo extraordinario que es el de un científico sacudiendo un botellón de laboratorio, y allí se produce la bandera de los EEUU. Toda la tapa blanca, más el guardapolvo, y adentro de la botella, la bandera en colores. Fue la tirada más exitosa, que se vendió casi toda. La compró gente que no sabía ni lo que contenía la revista, pero el hecho de ver la bandera y el resultado de esa aleación significaba muchas cosas. (Palacios, entrevista, 2020)

Precisamente, la discusión acerca de la ideología en la práctica científica, el rol del investigador en la sociedad y su participación dentro de los procesos de cambio social, el papel a jugar por las universidades y otros centros de producción de conocimiento y, en definitiva, el interrogante de “ciencia para qué y para quién(es)” había sido instalado con fuerza dentro de la comunidad científica, y reapareció como política de gobierno en el tercer peronismo. Iván Chambouleyron considera que en esos años “se generó una gran revolución en el mundo del intelectualismo progresista, porque se crearon muchos espacios políticos de discusión, los llamados consejos tecnológicos, la gente que se reunía para discutir planes de gobierno” (entrevista, 2020). Ya desde antes de la asunción de

Héctor Cámpora, “la perspectiva del retorno a un régimen democrático [...] inspiró la conformación de comités o consejos dentro de diversas agrupaciones políticas, que tenían el propósito de delinear propuestas de políticas científico-tecnológicas” (Feld, 2015, p. 364).

Con la primavera camporista, se abrían nuevos canales de comunicación y participación vedados durante el onganato y los sucesivos gobiernos de facto (época durante la cual *Ciencia Nueva* había sido uno de los pocos, si no el único, medio de expresión del pensamiento crítico en relación a ciencia, tecnología y sociedad), y figuras prominentes de la ciencia y tecnología vieron la oportunidad de tener una injerencia real no solo al interior de sus propias instituciones, sino en la definición de las políticas para el sector alineadas con un proyecto de país determinado. En julio de 1972, se creaba el Consejo Tecnológico del Movimiento Nacional Justicialista, presidido por Rolando García, cuyo documento fundacional se publicó en el número 18 de *Ciencia Nueva* y fue calificado por la revista como una “toma de posición en cuanto a ciencia y tecnología que debería tener su equivalente en todos los movimientos políticos de orden nacional” (*Ciencia Nueva* #18, 1972, p. 26). Roberto Lugo¹⁰ y Héctor Abrales también formaban parte de ese Consejo en calidad de secretarios (Borches, 2014). Posteriormente, García sería el titular de la Asesoría del Consejo Provincial de Desarrollo de la provincia de Buenos Aires. En 1973, Chambouleyron fue nombrado rector interventor de la Universidad Tecnológica Nacional por el Ministro de Educación Jorge Alberto Taiana, mientras que Hebe Mitlag pasó a ocupar un cargo en la Secretaría de Desarrollo Industrial (Chambouleyron, 2014). Por su parte, Lugo tuvo una breve gestión como decano interventor de la FCEN-UBA desde diciembre de 1973 a mayo de 1974 (Bilmes, 2012; Friedemann, 2018).

Este protagonismo político de ciertos agentes provenientes del campo científico con intenciones transformadoras se toparía con los graves acontecimientos que se fueron sucediendo en toda la región latinoamericana. Si a inicios de 1973 *Ciencia Nueva* se mostraba optimista ante el desafío de la reconstrucción nacional y adhería a cierto sentimiento de inevitabilidad del cambio social, ese entusiasmo se iría enfriando ante hechos como, por ejemplo, la renuncia de Rodolfo Puiggrós al Rectorado de la UBA y el golpe de estado y la muerte de Salvador Allende en Chile (*Ciencia Nueva* #27, 1973, pp. 3-4), la detención arbitraria y allanamiento de los domicilios de los doctores Juan José Giambiagi y Amílcar Herrera, y la intervención de la Universidad de la República del Uruguay (*Ciencia Nueva* #28, 1973, pp. 3-4). El último número de la revista se publicó en diciembre de 1973.¹¹

4. Después de *Ciencia Nueva*

El recrudecimiento cada vez más violento de las tensiones políticas (especialmente al interior de las diversas corrientes del peronismo), los enfrentamientos y persecuciones, la prioridad que algunos miembros del grupo le dieron a la acción

¹⁰ Corresponsal de *Ciencia Nueva* desde Nueva York en los números 1 (abril 1970) al 15 (marzo 1972), y asesor del 16 (mayo 1972) al 29. La revista lo presentó como “Licenciado en Química de la UBA y especialista en electroquímica. Se doctoró en la Universidad de Cambridge (Inglaterra) y fue investigador del Departamento de Química de la New York University. Trabaja en la CNEGH [Comisión Nacional de Estudios Geoheliofísicos]” (*Ciencia Nueva* #23, 1973, p. 63).

¹¹ En la portada del número 29 de *Ciencia Nueva*, la fecha figura como “Diciembre 1973-Enero 1974”.

política, y el agotamiento propio de quienes habían llevado adelante el proyecto editorial “a pulmón”, coadyuvaron a que *Ciencia Nueva* cerrara un ciclo deseando a su lectorado, como una premonición que resultaría irónica a la luz de la historia, “Feliz 1974”. En los años subsiguientes, al advertir que ese último ejemplar no había incluido justificaciones ni había anunciado que la revista iba a dejar de publicarse, Ricardo Ferraro repetiría, a modo de explicación, que aquella era una hora en la que en la Argentina se hablaba más de muerte que de ciencia (Ferraro, 2010). En efecto, la muerte de Perón y el advenimiento de las corrientes más derechistas del movimiento provocaron un desplazamiento de las figuras asociadas al que otrora se percibiera como un proyecto revolucionario.

El golpe cívico-militar de 1976 confirmó aquella sensación que rondaba al momento del cierre de *Ciencia Nueva* de que todavía no había llegado lo peor. Ya fuera por amenazas directas y concretas o por el clima general de terror y opresión instaurado, varios miembros del *staff*, colaboradores, o personas cercanas a la revista (especialmente quienes habían tenido una mayor visibilidad política en los años anteriores) se desperdigaron por el mundo como parte de la ola de exilios de la época. El grupo de la revista y sus allegados incluso tuvieron que lamentar detenciones ilegales y desapariciones forzadas: Horacio Speratti en junio de 1976, Ignacio Ikonicoff (junto a su esposa) en junio de 1977, y Héctor Abrales en enero de 1979 (Borches, 2014; Parque de la Memoria, s/f).

Quienes fueron advertidos de su situación pudieron optar por el exilio para salvar la vida. Fue el caso de Isabel Carballo: “Salí de Argentina en el 76. Mi casa fue allanada por el ejército, pero ya me habían avisado y no estaba en casa. Siglo XXI cerró. Creo que también recibió visita del ejército” (entrevista, 2020). Isabel se instaló en Vancouver, Canadá, donde residió por nueve años. Más tarde se radicó en San Pablo, Brasil. Desde 1986, allí continuó con su trabajo de diseñadora y artista en diversas editoriales y empresas.

Un derrotero similar siguieron Hebe Mitlag e Iván Chambouleyron. Él y un grupo de investigadores del Observatorio Nacional de Física Cósmica (San Miguel, provincia de Buenos Aires) ya habían recibido cartas de amenaza por parte de la Triple A el año anterior al golpe de Estado, donde se los intimaba a abandonar el país en 48 horas. En 1976, la advertencia fue mucho más concreta: “su nombre está en la lista”. Entonces sí, la salida de Iván fue precipitada. Una beca y una oferta de trabajo en París le permitieron ganar tiempo para terminar decantándose por México como destino. Con la familia reunida brevemente en Francia como instancia de paso, Iván se dirigió al DF y Hebe hizo una escala en Nueva York junto a sus dos hijos pequeños hasta tanto resolvieran vivienda y trabajo en la capital mexicana. Finalmente, Iván se incorporó al Centro de Investigación y Estudios Avanzados (CINVESTAV) del Instituto Politécnico Nacional, mientras que Hebe comenzó a trabajar en la Secretaría de Patrimonio. Luego de tres años, la familia se trasladó a San Pablo, Brasil, dado que Iván había recibido un ofrecimiento por parte de la flamante Universidad de Campinas (Chambouleyron, 2014). Precisamente, en 1979, Amílcar Herrera¹² creó en la UNICAMP el Instituto de Geociencias (IG), en el seno del

¹² Geólogo argentino y referente del PLACTED. Parte de las razones por las que esta corriente no se considera una “escuela” teórica en sentido estricto es su baja institucionalización académica formal y la falta de líneas de continuidad en la formación de nuevas generaciones de investigadores dedicados

cual formaría el Departamento de Política Científica y Tecnológica (DPCT). A los pocos años, Hebe se incorporó al IG, donde tuvo un rol destacado en la consolidación del DPCT y desarrolló diversos proyectos sobre materiales estratégicos para superconductores (en especial, el niobio) y transferencia tecnológica, además de ser una de las primeras coordinadoras de la Comisión de Biblioteca del Instituto. Allí trabajó hasta su jubilación en 2001 (Chambouleyron, 2014; Nascimento, 2010).

Otros habían partido incluso antes del inicio de la dictadura en Argentina. En 1974, luego de un intento de secuestro a Daniel Goldstein, él y Cora Sadosky se trasladaron a Venezuela. “Tuvimos suerte porque estaba toda la familia junta. Mis padres, nosotros dos, nuestra hija”, recuerda ella, pero no dejaba de sentirse “como si le sacaran a uno el suelo de debajo de los pies” (en Gabriel & Angulo, 2009, 35:58-36:06, 33:37-33:43). La ciudad de Caracas se estaba constituyendo como un importante nodo de recepción de exiliados por razones políticas, y, en efecto, los Sadosky, padres de Cora, ya se habían instalado allí. Profesora en la Universidad Central de Venezuela hasta 1980, Cora luego se dedicó a la docencia e investigación en la Howard University (sita en la ciudad de Washington DC) y en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Princeton. Cuando la Argentina recuperó la democracia, Cora retornó para la jura del gobierno democrático. Sin embargo, el regreso no fue en las condiciones que anhelaba.

Toda la gente que estaba en Matemática [en la UBA] era fascista, no había quedado nadie que no lo fuera. Algunos trataban de disimular, pero el ambiente era realmente repugnante. Tuve dificultad para que me dieran un curso, no querían que yo tuviera contacto con los estudiantes. Siendo mi padre Secretario de Ciencia y Técnica de la Nación, cuando yo volví, nunca conseguí entrar en el Consejo de Investigaciones. No porque fuera la hija de mi padre, pero por los trabajos que había hecho hasta ese momento. Si no podía entrar ahí, bueno, no había realmente ningún sentido para mí, quedarme ahí. No es que yo quisiera realmente volver a Estados Unidos, pero era una cosa completamente asfixiante. (Sadosky, en Gabriel & Angulo, 2009, 1:17:56-1:18:22; 1:22:27-1:22:55)

De vuelta en el país del norte, Cora continuó con la docencia y la investigación en la Universidad de California en Santa Clara y en Berkeley. Presidió la Asociación de Mujeres en Matemáticas de 1993 a 1995, fue miembro de la Asociación Americana para el Progreso de las Ciencias, dos veces elegida para el Consejo de la Sociedad Matemática Americana y miembro del Comité Asesor de Derechos Humanos del Instituto de Investigación de Ciencias Matemáticas de Berkeley. Pasó sus últimos años en California, para que ella y Daniel pudieran estar cerca de su hija y nietos. En su memoria, la Asociación de Mujeres en Matemáticas estableció el Premio Sadosky en Análisis en 2012 (Association for Women in Mathematics, s/f).

Julio Moreno considera que su trayectoria fue “totalmente contrafáctica”, ya que regresó a la Argentina en 1975, “en el momento que empezaba por ponerse más feo todo acá. Ahí empecé mi residencia en el Hospital Lanús, en neuropsiquiatría” (entrevista, 2020). Siguió relacionado con el dibujo y la ilustración: “cuando volví, trabajé en revistas como *Mengano* con Lorenzo Amengual, con el dibujante que trabajaba con [Eduardo]

específicamente al área. Herrera, como creador en 1988 del Programa de Posgrado en Política Científica y Tecnológica en el seno del DPCT, constituye una excepción en este sentido.

Galeano, también, que me publicaron un par de artículos ahí, creo que en *El escarabajo de oro*. A pesar de que era un desastre el país, y la persecución, y que perdí muchísimos amigos, había una movida intensísima”. Por su parte, Lucía Mourelle también permaneció en el país durante la dictadura, pero alejada del ámbito académico y dedicada a canalizar su vocación docente en la educación media. Luego de llevar adelante un instituto de ingreso universitario y secundario, Lucía fundó un colegio secundario sito en la ciudad de Buenos Aires. “Empecé con 25 chicos en un lugar alquilado, y ya tiene 32 años”, rememora ella, a modo de balance.

5. Conclusiones

Ciencia Nueva permitió el posicionamiento de investigadores provenientes de las ciencias (llamadas) duras, exactas o naturales como intelectuales y pensadores en el espacio público. A contrapelo de la imagen tradicional de la década de 1955-1966 como la “época dorada” de la ciencia argentina, y en contraposición a un supuesto vacío desde el golpe de Estado de Onganía hasta el retorno definitivo de la democracia, las páginas de esta revista dan cuenta del enorme dinamismo y movilización de ciertos sectores de la comunidad científica del país durante la década inmediatamente posterior: 1966-1976. Incluso en un contexto marcado por la intermitencia entre dictaduras, gobiernos autoritarios y democracias frágiles, con las heridas causadas por los bastones largos todavía frescas, jalonados por migraciones voluntarias en pos de proyectos académicos planificados o exilios políticos forzados, un grupo se planteó hacer una revista de divulgación que no sería “tal como ésta se suele entender: presentar a un público pasivo el resultado de investigaciones que otros hicieron y que no se discuten, como si la ciencia estuviera terminada cada día a los ojos del ‘profano’” (*Ciencia Nueva* #1, 1970, p. 4). Puede argüirse que, si el proyecto de la revista se originó en parte debido al capital social y académico de Manuel Sadosky, su consolidación y crecimiento fueron motorizados por el grupo reunido alrededor de la figura de Ricardo Ferraro en tanto editor y director, siempre desde la convicción de que la educación y la ciencia constituían la mejor apuesta por el futuro del país.

En el caso de las mujeres involucradas en la revista, algunas de las que se dedicaban a la investigación científica por sí mismas reiteran en cierta medida un patrón de acompañar las carreras de sus parejas (especialmente en cuanto a los traslados por motivos laborales y académicos), a veces, al precio de reorientar o interrumpir las propias, pero con plena capacidad, herramientas y méritos para lograr insertarse y desarrollarse en los entornos de destino atendiendo a sus intereses profesionales y personales. Las autoras de *Ciencia Nueva* efectivamente pertenecían al núcleo duro que llevaba adelante la revista, y si bien los artículos publicados por ellas remiten a sus áreas de experticia científico-técnica y no tanto a las reflexiones en torno a ciencia, tecnología, política, sociedad y desarrollo características de los pensadores del PLACTED, en cuanto editoras, productoras, correctoras y redactoras, ellas constituyeron una condición de posibilidad fundamental para la continuidad de la revista y la visibilización y cristalización de dicha corriente de pensamiento. Además, las relaciones personales que llevaron a muchas de ellas a acercarse a *Ciencia Nueva* se originaron en espacios de militancia política y actividad científico-académica compartida a la par de sus compañeros varones.

Una clara dificultad en la elaboración de este trabajo fue dar con los contactos de los y las protagonistas de aquella época. En el caso de las mujeres, el hecho de que varias de ellas firmaran sus intervenciones en la revista con el apellido de sus esposos complejizó aún más la búsqueda. Debido a estas limitaciones, entendemos que el relato que hemos esbozado es, a todas luces, incompleto. De las autoras de *Ciencia Nueva*, queda pendiente destacar la trayectoria de Hilda Sabato, historiadora, actual investigadora superior de CONICET, ganadora del Premio Houssay Trayectoria 2020 del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación de la Nación en el área Ciencias Humanas (y, detalle no menor, hija de Jorge Sabato, otro de los referentes del PLACTED); así como la de Norma Susana Savignone de Pisaturo, psicóloga en los Hospitales Borda y Moyano, secuestrada y desaparecida en septiembre de 1977 (Parque de la Memoria, s/f). También estamos en deuda con las redactoras, dibujantes, corresponsales y secretarías que no hemos podido rastrear, o sobre las cuales escasea información.

Otra posible continuación de esta investigación podría ser un análisis de contenido de la revista que rastree relaciones entre el discurso de *Ciencia Nueva* (e incluso las tensiones discursivas presentes en la publicación) y las trayectorias e historias de quienes la pusieron en acto. Una discusión teórica acerca del lugar de las revistas de divulgación científica dentro del campo de las revistas intelectuales en Argentina sería otra interesante vía de profundizar nuestra comprensión acerca de las modalidades y formatos cambiantes de la comunicación pública de la ciencia en el país. De todas maneras, creemos que este trabajo, en su forma actual, contribuye a poner de relieve el mapa de las relaciones intelectuales (Sarlo, 1992) que conectaron ciencia, cultura y política en la Argentina de fines de los '60 y los tempranos '70, no solo desde las páginas de *Ciencia Nueva*, sino a través de las propias experiencias de vida, las propias decisiones personales, las propias voces y los propios cuerpos.

Referencias

- Adler, J. (2020). El Centro de Arte y Comunicación (CAYC): Prácticas artísticas, medios tecnológicos y entorno social. *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, 9(20), 148-158. <https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/etl/article/view/3716>
- Association for Women in Mathematics (s/f). AWM-Sadosky Research Prizes in Analysis. <https://awm-math.org/awards/awm-sadosky-research-prize/>
- Beigel, F. (2003). Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 8(20), 105-115. <https://produccioncientificaluz.org/index.php/utopia/article/view/2632>
- Bilmes, G. (2012). Cuando todo se puso en discusión. La FCEN en el '73. *La Ménsula*, 6(16), 1-7. http://hdl.handle.net/20.500.12110/mensula_n016
- Borches, C. (2014). *Ciencia Nueva*. La revista científica de los '70. *La Ménsula*, 7(18), 1-6. http://hdl.handle.net/20.500.12110/mensula_n018
- Ciencia Nueva* (1970-1974). Números 1-29. Editorial Ciencia Nueva. Disponibles en <https://issuu.com/ciencianueva>

- Céspedes, L. (2019). La Revista Argentina *Ciencia Nueva* (1970-1974): Análisis De Contenidos, Recursos Gráficos, Publicidad Y Públicos. *Perspectivas de la Comunicación*, 12(1), 281-313. <https://doi.org/10.4067/S0718-48672019000100281>
- Chambouleyron, I. (2014). *La lista*. Liber Editores.
- Díaz, A. (2017). *Recuerdo del maestro*. Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires. <https://exactas.uba.ar/recuerdo-del-maestro/>
- Faierman, F. (2019). *Ciencia Nueva* (FCEN-UBA, 1970-1974): Revista cultural, universitaria y de política científica. *Pilquen*, 22(4), 50-63. <http://revele.uncoma.edu.ar/htdoc/revele/index.php/Sociales/article/view/2520>
- Feld, A. (2015). *Ciencia y política(s) en la Argentina, 1943-1983*. Universidad Nacional de Quilmes Editorial.
- Ferraro, R. (2010). *Ciencia Nueva: Debates de hoy en una revista de los '70*. Edición de autor.
- Friedemann, S. (2018). "Compañeros decanos". La reforma universitaria de la izquierda peronista a través de las designaciones de autoridades en la Universidad de Buenos Aires (1973-1974). *PolHis. Revista Bibliográfica Del Programa Interuniversitario De Historia Política*, 11(21), 161-211. <https://polhis.com.ar/index.php/polhis/article/view/290>
- Gabriel, E., y Angulo, J. (2009). *La pérdida* [Video documental]. <https://www.youtube.com/watch?v=LOUvm2pyk9A>
- Gache, B. (2017). Consideraciones sobre la escritura asémica: el caso de Mirtha Dermisache. En B. Gache, G. Schraenen y A. Pérez Rubio, *Mirtha Dermisache. Porque ¡yo escribo!* (pp.15-31). MALBA; Fundación Espigas. <https://www.malba.org.ar/catalogo-mirtha-dermisache/>
- Jacovkis, P. (2014). Manuel Sadosky y su impacto en la ciencia y en la política argentina. En R. Carnota & C. Borches (Eds.), *Manuel Sadosky, el sabio de la tribu* (pp. 17-83). Libros del Zorzal.
- Kreimer, P. (2010). Institucionalización de la investigación científica en la Argentina: de la internacionalización a la división internacional del trabajo científico. En G. Lugones y J. Flores (Comps.), *Intérpretes e interpretaciones de la Argentina en el Bicentenario* (pp. 121-139), Universidad Nacional de Quilmes Editorial.
- Mezza, C., Iida, C., & Raviña, A. (2017). Mirtha Dermisache, vida y obra 1940-2012. En B. Gache, G. Schraenen, y A. Pérez Rubio, *Mirtha Dermisache. Porque ¡yo escribo!* (pp. 255-288). MALBA; Fundación Espigas. <https://www.malba.org.ar/catalogo-mirtha-dermisache/>
- Morrow, C. y Benander, L. (1998). Cora Sadosky. En C. Morrow & T. Perl (Eds.), *Notable Women in Mathematics: A Biographical Dictionary* (pp. 204-209), Greenwood Press.
- Nascimento, P. C. (2010). *Instituto de Geociências da UNICAMP, 30 anos: os desafios de um projeto inovador de ensino e pesquisa*. Instituto de Geociências (IG); UNICAMP.
- Parque de la Memoria. (s. f.). Registro de víctimas. <http://basededatos.parquedelamemoria.org.ar/registros>

- Sarlo, B. (1992). Intelectuales y revistas: Razones de una práctica. *America: Cahiers du CRICCAL*, 9(1), 9-16. <https://doi.org/10.3406/ameri.1992.1047>
- Sarti, G. (2013). *Grupo CAyC*, Centro Virtual de Arte Argentino. http://www.cvaa.com.ar/02dossiers/cayc/03_intro.php
- Wachenchauzer, R. (2014). Los comienzos de la consultoría en *software* y servicios informáticos en la Argentina: ACT. En R. Carnota & C. Borches (Eds.), *Manuel Sadosky, el sabio de la tribu* (pp. 85-89). Libros del Zorzal.

Anexo 1

Entrevistas realizadas

- Carballo, Isabel, 4 de julio de 2020.
- Chambouleyron, Iván, 9 de julio de 2020.
- Ferraro, Diego, 29 de julio de 2020.
- Moreno, Julio, 13 de agosto de 2020.
- Mourelle, Lucía, 23 de julio de 2020.
- Palacios, Aldo, 5-10 de julio de 2020.
- Walsh, Patricia, 29 de julio de 2020.